

## MATANZA EN EL VALLE DE LAS LÁGRIMAS\*

**Hans Christoph Buch**

Entre los hutus y tutsis reina el odio. Mediante el crimen y el destierro luchan por obtener la supremacía en Burundi y Ruanda. El escritor Hans Christoph Buch recorrió ambos países, observó el terror de cada día y fue testigo de una masacre.

**D**esde las alturas, Burundi se ve como un lugar idílico: cumbres montañosas cubiertas por nubes, laderas pobladas de bosques, verdes valles y sabanas, en medio el espejo plateado del lago Tanganyka, enorme como un mar interior. Después de aterrizar se confirma la impresión de que se trata de un retoño africano de Suiza: calles limpias bien asfaltadas, exuberantes praderas en las cuales pastan bueyes con cuernos ampliamente separados, vigilados por espigados pastores tutsis, parientes lejanos de los antiguos egipcios, los cuales emigraron hacia África Oriental hace 400 años y subyugaron a los agricultores hutus, un pueblo bantú proveniente de la cuenca del Congo.

---

HANS CHRISTOP BUCH. Destacado novelista alemán.

\* Publicado originalmente en *Die Zeit*, N° 24, 9 de junio de 1995. Traducido al castellano por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

Desde ese entonces, la lucha entre estos grupos étnicos ha dejado su estela sangrienta en la historia de Ruanda y Burundi, cuyos habitantes —14 por ciento tutsis y 85 por ciento hutus— se han masacrado periódicamente entre sí: en 1972, en Burundi, 200.000 hutus “adelantados” —miembros de la clase baja pero capaces de leer y escribir— fueron exterminados por el ejército tutsi, y en los genocidios más infames registrados hasta la fecha las milicias hutus masacraron en 1994 medio millón de tutsis en la vecina Ruanda.

“Primero disparaban y luego preguntaban quién era”, dice Benno Schulten, un holandés que desde hace un año vive en la capital de Burundi, Bujumbura, y que organiza el transporte de refugiados en representación de la Organización de Cooperación Técnica (GTZ). El pasado otoño condujo un convoy de treinta camiones desde Etiopía hasta Burundi, sin perder ni siquiera un camión en el camino, como agrega con orgullo. Los conductores amhéricos arriesgaron sus vidas, ya que se ven como tutsis. Un par de semanas antes, en un atentado, una granada arrojada sobre la plataforma de carga de uno de los camiones que transportaban refugiados dejó una docena de heridos y a los conductores aterrorizados.

Menos suerte había tenido un equipo de la televisión sudafricana, cuyo auto fue baleado por desconocidos durante el viaje de regreso hacia Bujumbura. El vehículo se volcó y el reportero Francis Victor fue ultimado mientras salía, arrastrándose y sangrando, desde el auto siniestrado; el conductor burundi y traductor del equipo también perdió la vida y sólo el camarógrafo sobrevivió al accidente con heridas de consideración. El había filmado las fosas comunes de los asesinados durante los recientes disturbios.

Un ciudadano belga avecindado por años en Burundi fue baleado a quemarropa el 19 de marzo, junto a una barrera de protección ubicada en una calle al sur de la ciudad capital, sin previo aviso y sin motivo conocido, junto con su hija de cuatro años de edad y un amigo belga que pasaba sus vacaciones en Burundi.

¿Quién podría hacer algo semejante y por qué? Adolescentes ebrios o bajo la influencia de drogas con sus Kalachnikow en la mano, miembros de las milicias tutsis o hutus “Sans Échec” (“Sin Fracaso”) o “Sans Défaite” (“Sin Derrota”), como ostentosamente se llaman a sí mismos estos comandos homicidas, que cometen asesinatos para cargárselos a sus enemigos políticos. Según Benno Schulten, esto *no se trataría* de un conflicto étnico, sino que sería la obra de ambiciosos jefes militares que traspasan el peso de sus luchas por el poder a la población empobrecida. Se dice que hay armas más que suficientes en Burundi como legado de la guerra civil

en las vecinas Ruanda y Uganda, y que los campos de refugiados al otro lado de la frontera con Zaire estarían repletos de huérfanos que dejó la guerra y de jóvenes desempleados que sólo esperan poder vengar su dolor.

En verdad, desde hace días todo está tranquilo en Bujumbura y durante las noches ya no se oyen disparos ni explosiones, pero en el aire se siente una tensión nerviosa que puede desatarse furibundamente en cualquier momento, a pesar de —o incluso debido a— la presencia permanente del ejército, el cual ha levantado barreras de contención en los puntos estratégicos de la ciudad y controla todo vehículo sospechoso. (Esta impresión se confirma al terminar el viaje. En las pasadas semanas, el ejército expulsó a miles de personas del centro hutu Kamenge en Bujumbura.)

Benno me advirtió encarecidamente que nunca le preguntara a alguien si es hutu o tutsi. Más que el pertenecer a éste o aquel grupo étnico, importa el hecho de si una persona es catalogada como moderada o extremista. Además me entregó una lista con los nombres de prominentes políticos, frente a los cuales había escrito una V (por “sensato” o “moderado” en alemán) o una E (por “extremista”).

Junto a Jovitt, un joven taxista que en el otoño de 1993 perdió a sus padres y cuatro hermanos durante una masacre en su pueblo natal, visito Bwiza Buyenzi, un barrio pobre habitado principalmente por hutus, en el que el ejército mató a varios cientos de personas a principios de abril. Miles fueron violentamente expulsados. Pasamos junto a casas destruidas que han sido saqueadas por los soldados y cuyo suelo fue aplanado: murallas derribadas, planchas de zinc abolladas, adobes carbonizados. Aquí, dice Jovitt, frente a una pared cubierta de orificios de bala, su vecino, un anciano proveniente de Zaire, fue baleado en las piernas por las milicias tutsis y luego decapitado con un machete. Imagino la sangre saltando hacia todos lados..., pero Jovitt me insta a irnos, puesto que las calles de Bwiza Buyenzi son controladas por patrullas del ejército y los curiosos se convierten en sospechosos.

Jovitt me muestra su habitación, en un patio interior oculto entre un depósito de chatarra y una mezquita; junto a montañas de fierro viejo se seca ropa y una tubería que gotea proporciona agua potable a media docena de familias. La diminuta habitación está dividida por una cortina, formando así un dormitorio y un living, y el mobiliario está compuesto por un colchón de espuma, el póster en colores de una artista de cine taiwanesa, una Biblia y un himnario. Jovitt me muestra su tarjeta de membresía que lo acredita como misionero de la Nueva Iglesia Apostólica. Al igual que muchos de sus compatriotas, se ha unido a una secta mesiánica que promete a sus fieles la liberación de este valle de lágrimas terrenal.

Dejamos atrás Bujumbura y viajamos junto a la orilla del lago Tanganyika hasta quince kilómetros antes de Gatumba, en la frontera con Zaire. Dos semanas atrás, por este mismo camino miles de refugiados hutus huyeron desde Bwiza Buyenzi. Los hoteles de la playa, en los que anteriormente se divertía la “juventud dorada”, sirven hoy como campo de entrenamiento para el ejército burundi; entre los bungalows otrora destinados a los turistas, los soldados tutsis ocupan posiciones y tras las dunas han apostado piezas de artillería camufladas con redes, cuyas bocas apuntan hacia la orilla del lago, a la espera de una temida invasión desde Zaire. Antes del puente sobre el Rusisi somos controlados en un puesto de revisión, y aunque no ando con mi pasaporte el guardia me deja pasar. En el delta del río que se encuentra protegido por la naturaleza hay hipopótamos y cocodrilos. Jovitt me cuenta que después del genocidio de Ruanda los cocodrilos se vieron particularmente gordos, porque a diario los muertos flotaban en el Rusisi.

A la entrada del pueblo de Gatumba viramos a la derecha hacia un campamento que alberga a diez mil refugiados hutus. Los soldados apostados en la puerta me niegan la entrada; debo volver a la mañana siguiente, ya que hoy no se puede conversar con el comandante. Alrededor de un árbol que crece fuera del campamento y del que cuelgan lianas y orquídeas se apretuja una muchedumbre de cien cabezas: son refugiados provenientes de Bwiza Buyenzi que viven en carpas en los terrenos de la que fuera una escuela de misiones. Hacen cola en espera de recibir arroz, que es distribuido entre los necesitados desde un camión, bajo la supervisión de un voluntario de CARITAS. Me rodean los refugiados que, con gestos, me indican que tienen hambre.

“No dé nada a la gente”, dice el señor Brignol, de Perpignan, con un evidente acento provenzal. “Ellos afirman que perdieron sus documentos y se inscribieron en nuestra lista con nombres falsos. Más tarde venderán sus raciones de arroz en el mercado. El ejército presenta hechos consumados y nosotros, finalmente, debemos afrontar las consecuencias. Usted puede ver hacia dónde conduce todo esto”. Luego, ahuyenta de un puntapié a un joven que lleva los bolsillos llenos de arroz.

En medio de nubes que avanzan a baja altura penetra el sol dibujando sombras movedizas en las montañas ubicadas junto a la ribera occidental del lago Tanganyika. El contraste entre la belleza de la naturaleza y la miseria de la gente no podría ser mayor: todos duermen en carpas sobre el terreno barroso y desnudo, que con las lluvias se transforma en pantano y durante el día los deja a merced de los abusos del ejército tutsi y por las noches los entrega al terror de las milicias hutus. La solidaridad con el

clan étnico funciona en forma similar al voto de silencio de la mafia, explica en forma breve el representante de la ONU Ould Abdallah, quien trata de servir de mediador entre los campamentos enemigos: el que contradice a los jefes extremistas tiene su vida perdida.

En el viaje de vuelta hacia el hotel dejo tarjetas de visita en la Misión de la ONU y en la casa del jefe de Estado anterior, Pierre Buyoya, y en la de su adversario político Jean-Baptiste Bagaza. Ambos descienden de la élite tutsi, han hecho carrera en el ejército y son parientes lejanos, pero mientras a Buyoya se le considera un moderado, el ex dictador Bagaza está clasificado como una persona veleidosa. Ambos viven en el mismo barrio residencial de Bujumbura, apenas a tiro de piedra de donde se encuentran ubicadas las tumbas de la familia real, que simbolizan la unidad y autonomía política de Burundi.

Pudimos visitar las tumbas por breve tiempo, puesto que Jovitt apuró la partida; dentro de una hora entrará en vigor la prohibición de circular y, al caer la tarde, las colinas que rodean la ciudad serán ocupadas por bandas armadas y se volverán inseguras.

“Soy extremista”, nos dice Josef F. Derweduwen, un comerciante belga en repuestos de automóviles que vive desde hace treinta años en Burundi. “Capitulación del 8 de mayo: ¡no, gracias!” reza un adhesivo que ha puesto en la puerta de su oficina. “La democracia no nos ha traído más que desgracias. En África rige el principio del líder: la gente aquí quiere un hombre fuerte. Bajo el régimen militar, las calles estaban limpias y a los criminales se les seguía procesos cortos. Ahora mi vida ya no está segura en Bujumbura y siempre ando con un revólver cargado. Soy el último hombre blanco que ha mantenido su posición en este lugar. Europa nos ha traicionado: en lugar de tropas que intervengan nos envían expertos en derechos humanos. Para el funeral del ciudadano belga asesinado el 19 de marzo, Bruselas ni siquiera envió un representante: sólo paracaidistas conformaron el último séquito para el muerto. Conocía bien a Madame Salle y su hija”.

Yo quiero saber quién perpetró el homicidio. El señor Derweduwen me mira sorprendido. “Pregúntele a la señora Rurasabagiza, mi colaboradora burundi; ella le puede explicar quién se encuentra detrás de todo esto. ¡Si yo se lo dijera, usted no me creería y pensaría que soy nazi o racista!”

“Para los extranjeros es difícil de entender”, dice la jefa negra del negocio —a quien Derweduwen le ha traspasado el veinte por ciento de su firma—, mientras juguetea pensativa con su cadena de oro. “Los hutus son una raza sucia. No tienen honra de ningún tipo. Ellos toman tu dinero y luego te difaman a tus espaldas. Hoy te besan los pies y mañana te cortan

el cuello. Nosotros los tutsis queremos a los niños y nunca mataríamos bebés, excepto cuando alguien arroja una granada de mano. Los hutus planifican los genocidios, pero ya se acabaron los tiempos en que nosotros los tutsis éramos llevados como ovejas al matadero. Estoy dispuesta a morir, pero antes de eso me llevaré a treinta o cuarenta hutus conmigo a la muerte. ¡Escriba eso sin problemas, monsieur!” Y tomando una regla hace un ademán como de un guerrero samurai que decapita a una multitud de enemigos.

“No existe una sociedad civil en Burundi”, dice el diplomático de la ONU proveniente de Mauritania, Ould Abdallah, quien me recibe por la tarde en su oficina vigilada por los cascos azules. “Al igual como sucedía en la Alemania nazi o en la Rusia estalinista, no existe una sociedad civil. El virus del terror ronda y nadie está inmune al contagio. Los demagogos de ambos lados se hacen tambalear recíprocamente; el genocidio que falsamente atribuyen a sus adversarios es planificado por ellos mismos. Sólo hay extremistas en este país y los moderados constituyen una minoría amenazada con el exterminio. La ONU me ha enviado como representante neutral a Burundi, pero yo me siento más como un soldado metido en una trinchera. En la prensa se ha desencadenado una guerra sucia en mi contra y los diarios me llenan de basura. ¡Pregúntele a Monsieur Bagaza por qué nos asoció a mí y al embajador Krueger, de los Estados Unidos, con la matanza y cómo él, con la fraternal ayuda de Ghaddafi, financia sus escuadrones de la muerte! Y saludelo de mi parte”.

A la mañana siguiente tengo una cita con Deogratias Niyonzima, quien actúa como ideólogo en jefe de las milicias tutsis e instigador de sus actos de terror. Mi chofer hutu se niega a conducir hasta el centro tutsi de Ngagara, puesto que entre los barrios habitados por hutus y tutsis existen límites invisibles cuyo traspaso pone en peligro las vidas. Cassius, un tutsi de diecisiete años de edad, entra de un salto; es estudiante, conduce automóviles desde hace nueve años y no tiene ningún interés en la política. La oficina de Sojedem (Solidaridad de la Juventud por los Derechos de las Minorías) —el nombre de la organización legal de los extremistas tutsis— está ubicada en un edificio escolar, ante el cual haraguean guardias fuertemente armados en tenuta deportiva.

“Sabía que sería puntual”, me dice Deogratias Niyonzima y me invita a pasar a su oficina, equipada con contestadora telefónica, computador y fax. “Siempre se puede confiar en los alemanes”. El jefe de la Sojedem lleva lentes oscuros y se ve como el líder de una pandilla callejera de Los Angeles. Estudió teología en Abidjan y Kinshasa y fue ordenado sacerdote antes de que la comunidad de los dominicos lo expulsara debido

a sus actividades terroristas. En el otoño de 1993 su familia fue asesinada en una masacre racista, un trauma que lo llevó a convertirse en extremista.

Durante la conversación, Niyonzima cuenta mentiras del porte de un buque: no ha oído nunca de las milicias tutsis; los integrantes de la Sans Échec y San Défaite serían traficantes de drogas y criminales, con los cuales él no tiene nada que ver. En contraposición, Sojedem sería una organización caritativa que provee de víveres y medicamentos a los refugiados, independientemente del grupo étnico al que pertenezcan. En lugar de llevar de vuelta a todos los expulsados a sus pueblos natales, lo cual no sería practicable, los campamentos de refugiados debieran ser transformados en aldeas permanentes. La República Federal de Alemania podría, por ejemplo, ayudar con material de construcción y semillas. Dicho de manera clara, esto significa lo siguiente: la comunidad internacional debe aprobar la purificación étnica en lugar de inmiscuirse en la política interna con consejos que nadie ha pedido.

Niyonzima afirma que el embajador de los Estados Unidos, Krueger, fotografiaba unos muertos en un accidente automovilístico para presentarlos como víctimas de una masacre. Luego es aún más claro. El principio de “un hombre un voto” está bien para Sudáfrica, pero no es traspasable a Burundi, puesto que el país no está aún preparado para la democracia. Los tutsis y los hutus deberían desarrollarse en forma separada, bajo un cierto tipo de apartheid. Sin embargo, para ello primero habría que detener el genocidio, no sólo el planificado, sino también el que cometen las milicias hutus. Las armas para perpetrar este genocidio provendrían de Bonn: en la última *razzia* efectuada en el centro hutu de Kamenge se habrían encontrado fusiles G-3 provenientes de la República Federal de Alemania. Me pregunta si deseo saber algo más al respecto. Deogratias toma el teléfono y llama a un coronel, cuyo número ha guardado en la memoria de una contestadora telefónica. Con esto, su afirmación anterior de que no tendría vinculación alguna con el ejército queda desmentida y se ve atrapado por sus propias mentiras.

Estoy sentado junto a Benno Schulten, después de haber almorzado, cuando la onda expansiva de una detonación nos arroja de las sillas. “Puedo apostar a que ésa no fue una granada de mano”, dice Benno, mientras se sacude el polvo de la chaqueta, “sino dinamita”. En el pequeño hotel ubicado a no más de cien metros de donde estamos explotó una bomba que derribó el piso superior como un castillo de naipes. Con la rapidez del viento se difunde el rumor de que un turista proveniente de Zaire habría hecho estallar una bomba en su cuarto o habría puesto una mina. Nadie

## LA FUERZA ES EL DERECHO

El misionero Karl Roehl escribió lo siguiente en 1914, cuando Ruanda, al igual que la vecina Burundi, formaba parte de África Oriental, de posesión alemana: “En Ruanda hay un dicho que reza: la fuerza es el derecho. La opresión convirtió a los hutus en esclavos... A los tutsis les resulta difícil comprender que en este conflicto nosotros, los europeos, estemos totalmente del lado de los empobrecidos y oprimidos hutus”. El conflicto que ha caracterizado a ambos países, entre la mayoría hutu y la minoría tutsi, comenzó en el siglo XVI, cuando nómades provenientes del Nilo migraron hacia las montañosas tierras de África Oriental y sometieron a la población de labradores originarios del Congo. Los conquistadores tomaron la lengua bantú de los hutus, los que, a cambio de animales, subyugaron a la aristocracia tutsi. Como enlace entre los clanes actuaba el rey denominado “Mwazi”, cuyo poder consolidó la administración colonialista alemana primero y la belga después. Luego de la emancipación, la mayoría hutu reclamó sus derechos en ambos Estados: primero por medio de reformas democráticas y luego a través del *pogrom*. Los tutsis se vengaron masacrando a cientos de miles de hutus. Después de la caída del avión el 6 de abril de 1994, en que murieron los presidentes de ambas naciones, más de medio millón de tutsis y hutus moderados fueron masacrados en Ruanda, un genocidio cuya perpetración hace imposible la convivencia pacífica de ambos grupos étnicos.

H. C. B.

pregunta por el motivo, puesto que una explosión en el centro de la ciudad no es nada especial. Sólo media hora después se presenta la policía en el lugar de los hechos, pero, por temor a bombas ocultas, ningún oficial ingresa al hotel.

“Nadie planifica un genocidio”, dice el ex jefe de Estado Pierre Buyoya, “pero hay fanáticos despiadados que desestabilizan la ciudad mediante atentados terroristas y que desean provocar una guerra civil. El miedo y el odio constituyen el mejor caldo de cultivo para su política extremista”. El ex oficial estudió en la academia del ejército alemán en Hamburgo; en 1992 entregó el poder a un gobierno democráticamente elegido y desde entonces ha estado llamando a la paz y la reconciliación entre los grupos étnicos.

“Burundi no es Ruanda”, agrega Buyoya. Hasta el momento, la presencia de observadores internacionales habría impedido lo peor. Los asesinos saben que sus crímenes quedarán registrados. Pero los representantes neutrales quedarían en una posición más difícil. No sólo el embajador de los Estados Unidos y el enviado de la ONU estarían en la lista negra de los extremistas, también él y su familia.

El adversario de Buyoya, Jean-Baptiste Bagaza, me recibe en la terraza en medio de un círculo de colaboradores. “La prensa envía señales falsas”, hace notar. “Se dice que soy un extremista peligroso”. Sus subalternos explotan en ruidosas carcajadas. El ex dictador de Burundi —quien expulsó a observadores de derechos humanos y misioneros, promovió conflictos con la Iglesia y mantuvo estrechas relaciones con Libia e Irán— actúa de manera jovial, como un honrado padre de familia. Viste un pantalón que le queda mal y una camisa de nylon, masculla al hablar y cada cinco minutos desaparece en el cuarto contiguo para contestar el teléfono o ir al baño. Siempre, al regresar, quiere saber de qué hemos hablado durante su ausencia. Su estudiada inocencia disfraza una desconfianza que está siempre al acecho y una viva inteligencia: me imagino que Stalin habrá sido así.

Más notable aún es la fisonomía de sus colaboradores, similar a la de los actores secundarios de las películas de gangsters, que leen cada palabra en los labios de su jefe. El primero de ellos incita al asesinato de diplomáticos desde las columnas del pasquín *L'Étoile* (“La Estrella”), el segundo participa en el comité central del partido radical tutsi, el tercero es un médico conocido que se ha introducido en la política. Bagaza les proporciona el “blablá” ideológico que suena a “sopla, herrero, y ganarás dinero”. Él mismo no es capaz de decir una frase digna de ser citada, salvo la alevosa afirmación de que no es Burundi la que se debe adaptar a la democracia, sino que la democracia debe adaptarse a los hechos locales. El redactor del

diario objeta “el sistema bicameral y todo lo demás”. Bagaza concuerda con él diciendo: “Sí, ¡pero debe parecer democrático!” Sin saberlo, ha citado a Walter Ulbricht.

En la despedida me pregunta cómo habría hecho Hitler para matar a seis millones de judíos: ¿cómo puede haber sido eso técnicamente posible?, ¿no se habrá exagerado la cantidad?

Le contesto con una contrapregunta: ¿Podría Bagaza volver a ser jefe de Estado, si se diera el caso de que el presidente entonces en funciones —un hutu moderado— perdiera la vida en un atentado o en un accidente? Bagaza lo niega con un gesto: él ya no tiene ambiciones políticas, pero como soldado no podría rechazar la orden, si la patria lo llamara.

A la mañana siguiente parto en un convoy de ayuda hacia los campamentos de refugiados ubicados en la frontera con Tanzania. Allí se albergan principalmente hutus que han huido desde Ruanda. Un delegado de la Federación Internacional de la Cruz Roja (IFRK) me lleva en su automóvil marcado con una media luna de color rojo. El camino serpentea entre las verdes colinas típicas de Burundi, en las que los campesinos hutus preparan sus sembrados, y el ganado pasta bajo la vigilancia de los pastores tutsis. Esta pacífica imagen es engañadora: pasamos junto a casas reducidas a cenizas cuyos moradores han huido y somos registrados en busca de armas por soldados de fiera mirada, como si la Cruz Roja fuera un partido beligerante.

El ejército tutsi está molesto porque a los hutus que huyen de Ruanda se les suministran víveres, mientras que sus propios compatriotas se van con las manos vacías. Desde el punto de vista de las organizaciones de ayuda, los refugiados y los expulsados internos no pertenecen a la misma categoría, lo cual no puede ser plenamente comprendido por los afectados. Lo tenso de la situación quedó demostrado después de la masacre en Gassorwe a fines de marzo, cuando 40.000 refugiados hutus abandonaron el campamento de Magara precipitadamente y, movidos por el pánico, partieron rumbo a la frontera con Tanzania: una caravana de hombres desesperados, de quince kilómetros de largo, provistos por las organizaciones de ayuda con lo suficiente para vivir y que durante once días acamparon en un bosque de pinos al aire libre, antes de que las campañas de ayuda de las Naciones Unidas lograran repatriarlos en camiones. Por cierto, el éxodo masivo dejó un saldo de sólo doce muertos, pero a su regreso a Magara se encontraron sin techo sobre sus cabezas: soldados tutsis y otros moradores dedicados al pillaje habían robado todo el mobiliario de sus hogares y habían arrasado con sus chozas.

Cuando llego a Magara a mediodía tiene lugar la distribución de alimentos. Desde hace horas, y a pleno sol, una multitud de 40.000 perso-

nas, como ganado ante una rampa de carga, ordenadas por rejas, esperan recibir sus raciones de arroz para la semana entregadas por auxiliares de la Cruz Roja burundí bajo la supervisión de un franco-canadiense. Trabo conversación con un profesor de escuela primaria proveniente de Ruanda, cuya familia fue asesinada por la ofensiva del ejército tutsi el 22 de julio de 1994, junto a catorce niños. François Nzabakenga enseñaba francés en Kigali y era dueño de una casa que fue confiscada por el nuevo régimen; si volviera a Ruanda, sería asesinado.

A últimas horas de la tarde cruzamos la frontera hacia Tanzania. Lluve a cántaros: las carpas ubicadas a ambos lados del camino, y bajo las cuales se acurrucan soldados de Tanzania, son azotadas por la lluvia. El genocidio en Burundi y Ruanda trae una y otra vez nuevas oleadas de refugiados que traspasan la frontera: una migración étnica cuya dimensión sólo puedo comprender al día siguiente, cuando inspecciono el campamento de Benaco, ubicado a mitad de camino de la segunda ciudad más grande de Tanzania. Hasta donde alcanza la vista se puede ver chozas que saturan las desnudas colinas y en las que 211.000 personas vegetan hacinadas bajo toldos plásticos. Sólo resta agradecer a los voluntarios de la Cruz Roja y a Médecins sans Frontières (“Médicos sin Fronteras) que no haya más hambre ni brotes de epidemias. Los refugiados viven de arroz, maíz y hortalizas frescas que han sido plantadas en un lago seco, a pesar de la prohibición de los militares tanzanios del uso del suelo y de que otros miembros de las diferentes familias que los siguen de cerca crucen la frontera, no porque tengan mala voluntad sino porque la capacidad de alojamiento ha sido sobrepasada. Al igual como sucede en la vecina Zaire, la población de la región fronteriza constituye una minoría desesperanzada frente a los 600.000 hutus, de los cuales hasta la fecha sólo 600 han vuelto voluntariamente a Ruanda.

“Les facilitamos el regreso, pero no los obligamos a volver”, me dice Elko Brouwer, un holandés que en representación de la IFRK ha levantado en pocas semanas una gran ciudad en ese suelo. Desde su punto de vista, Benako es un éxito: por sólo tres dólares por persona, su equipo ha construido miles de letrinas, lo cual, en términos de costos, significa menos que lo que un europeo gasta al año en papel toilette. Por cierto, todos los habitantes de Benako están provistos de artículos de primera necesidad: en las diferentes calles del campamento, los neumáticos viejos son transformados en sandalias, sastres y peluqueros practican su oficio al aire libre y en el hotel “Exótica” se expende una cerveza preparada con plátanos. Sin embargo, esta apariencia de normalidad es engañosa, puesto que los habitantes del campamento se encuentran indefensos a merced del terror de las milicias

hutus, quienes reclutan menores de edad de manera forzosa y vejan a los que desean regresar. Al hospital levantado por la Cruz Roja alemana con elementos de construcción prefabricados es llevado un joven gravemente herido en una riña con cuchillos, y cuando se le pregunta por detalles de las heridas sólo mueve la cabeza de un lado a otro en silencio.

Prosigo viaje hacia las ruinas de Rusuma, ubicadas en el paso fronterizo hacia Ruanda: aquí, en la fuente del Nilo, donde el Ruvubu desemboca en el Kagera, se amontonan desde hace un año —desde el momento más álgido del genocidio ruandés— miles de muertos que han sido arrastrados por el río hasta llegar a los pies de las caídas de agua, entre rocas y ramas destruidas. Pero esto no termina aquí: por sobre las ruinas, soldados tanzanios han tirado una red y diariamente rescatan muertos desde el río, los que envuelven en bolsas plásticas y luego entierran en fosas comunes. En marzo fueron 67, pero desde principios de abril han recogido sólo uno por día. Nos preguntan cáusticamente si nos gustaría verlos o si estamos interesados en sacarles fotos en colores. Al despedirnos, los pescadores de cadáveres nos presentan el libro de visitas, donde, junto a los muertos del día, registran los nombres de los visitantes.

Cambio de lugar. La capital de Ruanda, Kigali, se ve similar a Bujumbura, con la única diferencia de que aquí una de cada tres o cuatro casas se encuentra en ruinas. La mayoría de los vidrios están rotos y las paredes y techos se ven tapizados con orificios de bala: la guerra civil que Ruanda ya tiene tras de sí está aún por llegar a Burundi. Al registrarme en el hotel “Mille Collines” me recibe un joven que cojea en forma marcada y actúa de manera extraordinariamente distraída. Mi pregunta acerca de si su herida es a causa de la guerra no desea contestarla. “No, fue un accidente, pero...” Pero, ¿qué? “Cometí una tontería”, dice lentamente. ¿Qué clase de tontería? “Yo”, comienza a tartamudear, “violé a mi hermana”. ¿Cómo dices? “Violé a mi hermana. Ante mis padres. Tuve que hacerlo. Ellos me obligaron”. ¿Quiénes? “Los Interahamwe, la milicia hutu. En Gikongoro, distrito de Butare, en abril del año pasado”. ¿Y dónde está tu hermana ahora? “Está muerta”. Es tal el dolor, que uno enmudece.

Invito al joven a comer. Raphael Nzeyimana tiene 35 años de edad y estudió ciencias naturales; su padre era hutu y su madre tutsi. Recibe el plato lleno y se lleva la comida a la boca en silencio, mientras juguetea con el tenedor en el plato. El padre de Raphael era transportista y dueño de una camioneta. La huida de la familia estaba planeada para la mañana siguiente, cuando las milicias hutus ocuparon la casa. Los combatientes de la Interahamwe estaban enmascarados. Obligaron a Raphael a violar a su hermana antes de descuartizarla junto a su madre; su padre y dos hermanos mayores

fueron muertos a tiros, y su hermano menor de sólo ocho años de edad, cortado en cuatro con un machete. Raphael saltó por una ventana y se escondió en un hoyo en la tierra, donde permaneció durante una semana.

Es el único sobreviviente de su familia. Por las noches no puede dormir, le resulta difícil concentrarse y desde hace meses no tiene trabajo. Ante mi pregunta de si quisiera ayudarme con la acreditación, me contesta con una contrapregunta: “¿Cómo sabe si mañana sigo con vida?” Los autores han logrado su propósito: los sobrevivientes están dispuestos a seguir a los mártires en su camino a la muerte —Ruanda padece una ola de suicidios—.

Visita a la prisión central de Kigali. Un soplón me abre la reja y la doble puerta de fierro se cierra tras de mí. Apenas doy un par de pasos cuando siento que me ahogo. La cárcel —un fuerte del tiempo de la colonia—, calculada para 2.000 personas, está ocupada por 8.600 presos, que se ubican de pie hombro con hombro en un patio interior, o apretados como sardinas en diminutos camarotes; algún tipo de asiento en las esquinas y salientes en las paredes constituyen una rareza; incluso los charcos que se forman y los cauces del desagüe sirven de lugares de descanso para los agotados detenidos. La mayoría de ellos son miembros de las milicias hutus, responsables de homicidios en masa y crímenes atroces contra civiles tutsis.

La estructura interna del comando ha permanecido intacta. El jefe del servicio de seguridad me recibe y, a través de un callejón que se abre entre la multitud, me conduce hacia un hombre con lentes que actúa como vocero de prensa, pero que no desea decir su nombre. Al igual que los demás detenidos, viste un pijama de color rosado pero, a diferencia de sus compañeros de prisión, se ve bien alimentado. Si bien el régimen le había asegurado impunidad, al volver del exilio fue encarcelado y por nueve meses ha estado esperando ser procesado. “Somos una plaga, destinados a morir”.

“Eso no será permitido por la comunidad internacional. Las condiciones de encarcelamiento serán controladas por la Cruz Roja”.

“Sí, pero hasta que la ONU no se decida a intervenir, estaremos todos muertos. Recibimos alimentación sólo una vez al día, aparte de los bizcochos que reparte la Cruz Roja. La tasa de mortalidad es de entre ocho y diez personas por noche, lo cual es un adelanto, porque antes era más alta”.

Un enfermo grave, que se ve como si tuviera Sida en estado terminal, es transportado en una camilla, seguido por hombres que cojean, tienen sus piernas vendadas y llevan en sus manos bolsas plásticas con píldoras. Me coloco un pañuelo en la nariz al pasar junto a las letrinas, frente a las cuales

se ha formado una cola interminable de hombres. Grupos de cuatro presos orinan en un balde. Los enfermos con diarrea permanecen cerca de las salidas.

“Existen dos tipos de masacre en Ruanda y ambos se confunden a menudo”, nos dice el embajador alemán Hummel, mientras su esposa hace sonar las manos para ahuyentar a los murciélagos que penetran al jardín de la residencia después de que llega la noche. “El genocidio de los hutus a manos de los tutsis fue por razones étnicas —antes se decía por móviles racistas—. Los actos de venganza del ejército tienen motivaciones políticas y sirven para intimidar”.

A la mañana siguiente viajo en un helicóptero de la ONU hacia el campamento de refugiados de Kibeho; Kent Page, el oficial de prensa de la UNAMIR (Misión de las Naciones Unidas en Ruanda), me ha reservado un lugar en el helicóptero. Abajo, en los valles cubiertos por la niebla, sólo las cimas de las montañas sobresalen a través de las nubes. Después de aterrizar somos escoltados por cascos azules provenientes de Zambia hacia el campo de refugiados, en cuya entrada nos impide el avance un puesto del ejército ruandés: justamente ese día los periodistas no tienen acceso al campamento. Desde lejos es posible oír el ruido de combates: el tableteo de las Kalachnikow, interrumpido por el sordo estallido de una bazuca o de las granadas de mano. Cada cierto tiempo pasan silbando junto a nosotros las balas que rebotan o tiros perdidos, por lo cual debemos protegernos detrás de la pared de una casa. A todo nuestro alrededor, y hasta donde alcanza la mirada, chozas destruidas, de las cuales quedan en pie sólo el armazón carbonizado, toldos de plástico arrugados y utensilios de cocina abollados. Hay zapatos de mujer y de niño, granos de maíz y porotos esparcidos por el suelo. “Aquí mucha, mucha masacre”, dice un casco azul de Zambia en un inglés entrecortado.

La cima de la montaña siguiente se ve negra de gente atemorizada que se apiña como hormigas. El ejército ruandés ha encerrado allí a unos 80.000 refugiados y los han introducido en un anillo que se va haciendo cada vez más angosto: de esta manera, las personas aterrorizadas por las milicias hutus, entre las cuales se mantendrían ocultos presuntos asesinos múltiples, son forzadas a retornar a sus pueblos, donde les espera la venganza de los tutsis. Desde hace días acampan al aire libre, expuestas a un sol abrasador y a una lluvia glacial que ablanda el suelo convirtiéndolo en un pantano. Se alimentan del maíz que ellas mismas han llevado y beben el agua contaminada proveniente de charcos en los cuales flotan excrementos. La consecuencia de esto es una epidemia de diarrea; el viento me trae un hedor que da asco. Los intentos de las organizaciones de ayuda por llevar

leña y agua fresca a los refugiados fueron rechazados por el ejército, así como la oferta de la ONU de evacuarlos en camiones.

Los soldados disparan por sobre las cabezas de la multitud, la que se estremece de miedo; el que tropieza y cae es pisoteado por los que vienen detrás. Cada cierto tiempo alguna de las víctimas logra huir de este valle cerrado; los que escapan son perseguidos como liebres por las colinas. Un disparo, una pequeña nube de humo, el evadido tambalea y cae al suelo; desde la lejanía no se puede saber si fue muerto, herido o si sólo tropezó. Más tarde será traído en una camilla a una tienda del ejército, frente a la cual se apila a los muertos y heridos. Un refugiado que ha logrado traspasar el cordón se lanza a nuestros pies y murmura una letanía en latín; es un verdadero esqueleto y sangra a través de una herida en la cabeza. Al ser acarreado por soldados tutsis, dos de ellos lo golpean con sus bastones. Mi pregunta sobre qué pasará con él es respondida con un encogimiento de hombros. “Es hombre muerto”, dice un teniente de Zambia, quien, al igual que todos los observadores de la ONU, está atado de manos: ellos pueden observar pero no intervenir.

Con el pretexto de guarecernos de la lluvia, somos escoltados hacia una casa bajo protección militar, la cual no permite ninguna vista del exterior. En el suelo se pueden ver fichas de la ex escuela de misiones despararramadas por doquier, un himnario roto, botellas vacías de cerveza y ropa interior ensangrentada de mujer, como si hubiera habido una masacre o una violación, quizás ambas cosas al mismo tiempo.

Alrededor del mediodía, el guardia hace a un lado un banco de la escuela que sirve de barrera y me permite el ingreso al campamento. La masacre, que hasta ese momento sólo he observado desde una distancia segura, queda ahora repentinamente ante mí. Hacia el puesto de la ONU, separado del centro del campamento por sacos de arena y alambre de púas, son llevados sin pausas un herido tras otro, los cuales han sido salvados desde el valle por voluntarios de la Cruz Roja a riesgo de sus propias vidas. Un trabajador de CARITAS alemán me cuenta, lívido de miedo, cómo un soldado tutsi lo amenazó con un arma que puso delante de su rostro, antes de abrir fuego, no por sobre las cabezas de la multitud, sino apuntando directamente a ella.

Los facultativos de Médecins sans Frontières no dan abasto con la multitud y están al borde del colapso. Sostienen en alto bolsitas con soluciones e infusiones; a través de los vendajes reblandecidos gotea la sangre, la que se coagula en el suelo formando charcos. Una joven mujer, agonizando, resuella en busca de aire; tiene una herida abierta en el cuello, respira entrecortadamente y, al final, su respiración cesa por completo. Los muer-

tos, envueltos con una manta, son entregados a los militares ruandeses. Enfermeros del ejército australiano preparan a los heridos graves para ser evacuados; de la mayoría de ellos cuelgan dispositivos de infusión por goteo; se pierde un tiempo valioso antes de que los soldados apostados de guardia en las puertas del campamento permitan el ingreso del camión de la ONU; para muchos de los internos, la ayuda llega demasiado tarde.

Una barrera de sacos de arena con una alambrada de púas a medio caer marca el límite que separa a los acechados por la muerte del mundo de los vivos. En un lado, los bien alimentados cascos azules, que con sus bastones mantienen a distancia a los refugiados; en el otro lado, ancianos, mujeres y niños, muchos de los cuales están tan débiles que no pueden ni masticar los bizcochos ricos en proteínas que soldados con guantes de goma les hacen llegar a través de los huecos que se forman en los vallados. Cada cierto tiempo un niño mal alimentado logra atravesar las barreras y vuelve a su madre con dulces y colmado de caricias.

Subo por sobre la barrera y el dolor me invade en el mismo momento que observo la situación. Ya después del primer paso siento que las rodillas se me doblan. Una madre me tiende a su bebé; ancianos quejándose se aferran a mis brazos y piernas. Intento esquivar a los que yacen en el suelo, pero no hay ningún lugar libre para mis pies y debo caminar por sobre los muertos y moribundos que aún se mueven y suspiran suavemente como si durmieran. Tengo miedo de tropezar y hundirme en la miseria de los refugiados como en un océano. En ese momento, un casco azul ruso me toma y me lleva de vuelta por sobre la barrera.

A la salida del valle, los hutus que desean retornar son revisados por soldados tutsis para ver si tienen armas. Junto a ellos se encuentra el puesto de primeros auxilios: un voluntario ruandés de la Cruz Roja abre la puerta de una pieza con enfermos, de la cual nos llegan agudos gritos; más de 200 niños han sido traídos hasta acá; hoy día se han convertido en huérfanos. Llega un joven a quien le han volado la mitad de la mandíbula con el golpe de un machete; su boca es una herida que saliva, cubierta con el yodo que le han puesto los enfermeros. Un colaborador de la ONU proveniente de Ginebra no lo puede soportar y vomita. Alguien le ofrece whisky. William Clarence, el comisario de derechos humanos de la ONU para Ruanda, nos mete a su auto; el ejército no le ha permitido entrar al campamento y él desea saber quién le ha disparado a quién. Lluvia a cántaros y avanzamos junto a una procesión interminable de refugiados, que se desplazan, descalzos, por el barro. Hay 30.000 personas en camino hacia Butare. Su éxodo tiene lugar como en el juego del “callejón oscuro”: los habitantes que se han recuperado les tiran piedras y los soldados tutsis los golpean con palos. Por

la radio oímos las primeras informaciones acerca de la masacre: la cifra de víctimas oscila entre 2.000 y 8.000 personas. El gobierno habla de 300 muertos, los que luego son presentados a la prensa, después de que los bulldozers vacían las letrinas que sirven como fosas comunes.□